

SEGUNDA CONFERENCIA.

Excelencias de la tribulación.

Beatus vir qui suffert tentationem, quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vite.
Iac. 1, 12.

1. La consideración de las muchas tribulaciones á que está sujeta nuestra vida, no puede menos de hacernos comprender la sabiduría y la bondad con que Dios gobierna á su criatura racional. Hemos visto, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, que la tribulación considerada como efecto de las causas que actúan en el orden de la naturaleza, ya sean inanimadas, ya libres, es un mal que podemos llamar necesario, á lo menos en la actual economía de la Providencia. Y eso no obstante, ¿quién que bien lo considere, no advertirá y reconocerá que la tribulación es un bien, un bien libremente apetecible para el hombre? Y si no ¿qué significarían las palabras del apóstol Santiago: «Bienaventurado el varón que sufre tentaciones ó trabajos»¹? palabras que no son más que el eco de aquellas otras de Nuestro Señor: *Beati qui lugent: Beati qui persecutionem patiuntur* — «Dichosos los que lloran: Bienaventurados los que padecen persecución.»² Lo que constituye una bienaventuranza, aun en esta vida, porque no se trata aquí de la bienaventuranza del cielo, ¿no ha de ser objeto de nuestras afecciones y deseos? Y con todo y saber nosotros que es así, ¿cuán difícilmente nos resignamos á soportar el peso de las adversidades! Imposible nos parece llegar á complacernos en ellas, ¡cuánto más á quererlas y desearlas! Sin embargo, hermanos míos, si considerásemos atentamente la bondad de Dios que en ellas resplandece, y luego las ventajas excelentísimas que nos proporcionan, tal vez pudiéramos llegar con la gracia divina, á

¹ Iac. 1, 12.

² Matth. 5, 5. 10.

despojarnos del vano temor que nos infunden y á mirarlas, como las miraban los santos, esto es, como prendas de la predilección del Señor y condición de felicidad para nosotros. Y no pueden emanar de otra fuente que de aquella bondad que se complace en prodigarnos beneficios y procurarnos bienes sin cuento, y el mayor de todos que es el de acercarnos á sí. «Te he amado, dice Dios, con amor perpetuo y te atraje á mí compadecido de tu desventura.»¹ «No se complace Dios», decía Sara, esposa de Tobías, «en nuestra perdición, porque después de la tempestad da la tranquilidad, y después de la abundancia de las lágrimas infunde la alegría.»² «Viniendo de Dios, la pena», dice San Agustín, «es una gracia.»³

Estudiemos, pues, la tribulación el día de hoy, á la luz de las palabras del apóstol Santiago, y veremos que es una prueba gloriosa y glorificadora: *Cum probatus fuerit, accipiet coronam vite*, y por lo mismo, es una bienaventuranza sobre la tierra. *Beatus vir qui suffert tentationem*. Dénos el Señor su luz para comprender verdad tan provechosa.

I.

2. La prueba, hermanos carísimos, no puede negarse que es un bien, á lo menos relativo, porque es la ocasión del mérito, y éste la razón del premio y de la recompensa. ¿Podría satisfacer á una alma generosa una corona no merecida? y ¿podría merecerse sin prueba? *Tolle martyrurum certamina*, dice San Ambrosio, *tulisti coronas: tolle cruciatus, tulisti beatitudines* — «Quita á los mártires sus combates, y les quitas sus coronas: quítales los tormentos, y les quitas la bienaventuranza.»⁴ Dígalo el soldado, dígalo el buen ciudadano, dígalo el amigo, dígalo

¹ Ier. 31, 3.

² Tob. 3, 22.

³ In Ps. 55.

⁴ In Luc. c. 4.

cualquiera que ame la verdadera gloria. El soldado se desespera porque le lleven al campo de batalla, ansioso de recoger los laureles de la victoria que florecen con la sangre de los buenos; el ciudadano que ama de veras á su patria, se complace en tener ocasión de mostrarlo con el sacrificio de su persona y de sus intereses; el amigo, aunque lamenta por una parte las desgracias de su amigo, encuentra una buena compensación de su dolor en la ocasión que se le ofrece de manifestar la sinceridad de su afecto; y el siervo de Dios aprovecha la hora de la prueba con que Dios le visita para demostrarle que le sirve, no con la mira de alcanzar mercedes sino por Él mismo, por lo que Él merece ser servido. Ahora bien, no hay prueba para el hombre más terrible, pero ni más gloriosa que la tribulación, porque es una prueba decisiva, es la piedra de toque de la sólida y acrisolada virtud. Virtud no ensayada en esta prueba no llega á ser virtud heroica ni eminente, por lo mismo que no es virtud á toda prueba. Llenas están las sagradas páginas de esta verdad. «Así como el oro se prueba con el fuego», dicen los Proverbios, «así prueba el Señor los corazones.»¹ «El horno prueba los vasos del alfarero: así prueba la tribulación á los hombres justos.»² El profeta David, hablando con Dios, decíale: «Probaste mi corazón y me visitaste en la noche: con fuego me examinaste y no se halló iniquidad en mí.»³ Hay una clase de tentaciones que no pueden proceder de Dios, según aquello de Santiago: «Dios no tienta á ninguno»⁴, porque Dios no puede inducir á nadie á que obre mal. Pero hay otras tentaciones que bien pueden atribuirse á Dios, como en efecto se le atribuyen en la sagrada Escritura, porque no son sino pruebas de la fidelidad y obediencia de los justos. Así

¹ Prov. 17, 3.² Eccli. 27, 6.³ Ps. 16, 3.⁴ Iac. 1, 13.

tentó Dios á Abrahán, como recordaba Judit, la heroína de Betulia, y le probó por medio de muchas tribulaciones, para afirmarle en su amistad¹. Así acostumbra el mismo Dios tentar á los suyos para tener el placer de hallarlos dignos de su amor². Y los santos, dice el apóstol San Pablo, fueron tentados de mil modos, esto es, por medio de todo género de tribulaciones, y así dieron el más brillante testimonio de su fe en las promesas divinas³.

3. Las dos grandes virtudes que son como la forma de todas, según que se consideren con relación á Dios ó al hombre mismo, como son la fidelidad y la fortaleza, no llegan á resplandecer en toda su belleza sino cuando las prueba la tribulación. Acabamos de recordar la fidelidad del gran Patriarca, hecho padre de todos los creyentes por haber salido victorioso de sí mismo en la más dura prueba á que se ha visto expuesto un padre, la que le impuso el Señor mandándole sacrificarle á un hijo, y á un hijo en quien debían cumplirse las promesas del cielo. ¿Qué gloria no adquirió aquel hombre, más grande, según San Ambrosio, que cuanto imaginaron los sabios paganos, con aquel sublime vencimiento de sí mismo, con aquella inmolación, no del hijo, sino de su propio corazón, en aras de la fidelidad á su Dios? «Por mí mismo he jurado», díjole Dios⁴, «porque hiciste este acto de obediencia, que te bendeciré y haré tu descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y como las arenas del mar. En tu raza serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque obedeciste á mi voz.» ¿Qué no debió, pues, Abrahán á la prueba de la tribulación? Y ¿qué diremos de la fidelidad de los verdaderos *fieles*, de los creyentes de todos los siglos, que antes quisieron pasar por la afrenta y el martirio, por la humillación y la pobreza, por las cárceles

¹ Iudith 8, 22.² Sap. 3, 5.³ Hebr. 11, 32.⁴ Gen. 22, 16 et seqq.

y los destierros, que faltar á la fe jurada en su bautismo y renunciar á sus creencias y á su amor á Jesucristo? ¡Cómo resplandeció en esos héroes la fidelidad y la fortaleza juntamente! Por eso, lejos de huir de la prueba, se ofrecieron á ella muchas veces con espontaneidad increíble, ó la aceptaron con valor inaudito cuando Dios se la puso en su camino, yendo, como los apóstoles, llenos de alegría y radiantes de gozo al suplicio, más que si fueran á un espléndido banquete: *Ibant gaudentes*. . . .¹ Pero ¿acaso es menos admirable la fortaleza de otros mártires, no del hierro y el fuego, sino de las tentaciones del demonio y de las sugerencias del mundo y de la carne, que con suave pero terrible violencia los incitan y arrastran á faltar al deber, ofendiendo á Dios y manchando el honor y la conciencia? ¡Qué combates no tienen que librar en el campo del corazón! ¡Qué heroísmo el de la mujer virtuosa que sabe conservar inmaculada su honra, aun en medio de las privaciones á que la condena la miseria, prefiriendo tal vez perecer de hambre á caer en la infamia del pecado! Cuanto más dura es la prueba, más gloriosa es la corona de la virtud atribulada. ¿Pero será capaz de afrontarla la débil condición humana? No lo sería ciertamente si no la fortaleciera el auxilio de aquel Dios fidelísimo que, como asegura el Apóstol, «no dejará que el hombre sea tentado más de lo que puede resistir, sino que dará junto con la tentación la fuerza necesaria para poder vencerla.»²

4. Aquí tenemos, pues, la lucha, y una lucha tan campal y encarnizada que obliga á Dios á venir en socorro del pobre combatiente. Mas por eso mismo es glorioso este combate en que, por decirlo así, toma parte el mismo Dios. ¿Qué digo? Él es el principal combatiente. «El Señor se ha presentado como un hombre de guerra»,

¹ Act. 5, 41.² I Cor. 10, 13.

cantaba Moisés, «su nombre es el Omnipotente.»¹ «Tu diestra, Señor, fué la que hirió al enemigo.»² «Nuestro Dios», decía David, «es nuestro refugio y nuestra fortaleza. Él es quien nos ayuda en las tribulaciones que nos acosan por todas partes.»³ Y ya lo tiene prometido el mismo Dios diciendo: «Con él estoy en la tribulación: yo lo libraré de ella y lo glorificaré.»⁴ Tiene, pues, el hombre atribulado á todo un Dios por auxiliar en el combate, cuenta con la seguridad de la victoria, si no la impide su propia cobardía, y espera como el Apóstol, una corona de justicia, como recompensa de su constancia en la pugna por el bien, de su fidelidad guardada hasta el último aliento.⁵ Y ¿qué más necesita para tenerse por bienaventurado? *Beatus vir qui suffert tentationem*.⁶ Y es, hermanos carísimos, que la causa del atribulado es la causa de Dios, porque es la causa del bien, de la virtud, sostenida y defendida contra las agresiones del mal y del pecado. Con razón puede decir á Dios con el Profeta: «Levántate, Señor, y vuelve por tu propia causa, acuérdate de los improperios que contra ti lanza el insensato todo el día.»⁷ Lo que de las tentaciones propiamente tales suele decirse, y con mucha verdad, que son ataques á la gloria de Dios, eso mismo debe extenderse á la tribulación en general, ya que, por nuestra flaca condición, todas las tribulaciones se convierten en otras tantas tentaciones para nosotros. Todas ellas nos inducen á apartarnos de Dios, — debiendo ser precisamente todo lo contrario —, excitándonos á la impaciencia y á la rebelión contra las soberanas disposiciones de la Providencia. De ellas, como de ocasiones propicias, se vale arteramente el demonio para sugerirnos pensamientos injuriosos á la sabiduría divina y

¹ Ex. 15, 3.² Ibid. 15, 6.³ Ps. 45, 2.⁴ Ibid. 90, 15.⁵ 2 Tim. 4, 8.⁶ Iac. 1, 12.⁷ Ps. 73, 22.

sentimientos contrarios á la bondad del Criador, ofuscándonos la mente con lúgubres fantasmas que nos lleven, si posible fuere, hasta el abismo de la desesperación. ¡Oh! ¡para cuántas almas débiles la tribulación es un grave peligro de la fe, de la confianza y del amor á nuestro Dios! ¡Á cuántas, si no las precipita en la incredulidad, las resfría por lo menos, las hace vacilar y tal vez apartarse de las prácticas de la piedad cristiana! Á algunos desgraciados la vehemencia del dolor que no saben combatir, los conduce hasta el extremo de prorrumpir en horribles blasfemias que alegran al infierno y provocan las venganzas del cielo. Á todo esto se añade la estulticia del mundo, ó sea, de los pecadores que, ciegos y guías de otros ciegos¹, conjúranse con el demonio, se mofan del atribulado, ya sea éste pecador ó justo, y le provocan con expresiones de falsa compasión á insultar al Juez que le castiga. Así los amigos de Job, su mujer misma que llega á decirle: «¿Todavía persistes en tu simplicidad? Maldice á Dios y muérete.»² ¡Qué puñalada para el piadoso corazón del varón santo! ¡Qué grande aparece precisamente entonces respondiendo con inalterable mansedumbre á su desatentada esposa: «Si los bienes los recibimos de la mano de Dios, ¿por qué no hemos de recibir también los males?»³ He ahí al hombre triunfador de las más violentas tentaciones. He ahí al hombre modelo de todos los siglos. Por aquí podremos ya entender, carísimos hermanos, cómo la tribulación sufrida con espíritu cristiano, hace al hombre verdaderamente bienaventurado, no sólo en la eternidad sino también en la vida presente. Es lo que vamos á ver en la segunda parte de esta conferencia.

II.

5. Escuchemos ante todo la voz de la filosofía que habla por boca de un gentil, pero uno de los mayores sabios

¹ Matth. 15, 14.

² Job 2, 9.

³ Ibid. 2, 10.

que conoció la antigüedad. Es Séneca, de cuyos libros extraeremos las siguientes notabilísimas sentencias¹: «No me parece que haya hombre más desdichado que el que nunca tuvo alguna adversidad. Porque este tal no tuvo ocasión de hacer prueba de sí, y aunque todas las cosas le sucedieron como pudo desear, todavía digo que los dioses juzgaron mal de él, pues le tuvieron por indigno de vencer alguna vez la fortuna.» «Yo juzgo que eres miserable», dice en otra parte, hablando con el que no ha sido atribulado, y ¿sabéis por qué? Muy extraña parece la razón, pero es digna de verdadero filósofo: «Porque nunca fuiste infeliz. ¿Has pasado tu vida sin contrariedad? Ninguno sabrá lo que puedes, ni tú tampoco. Porque para conocerse el hombre es necesario que se pruebe, y que la experiencia le enseñe á cada uno lo que puede. Considera que no es propio del magnánimo mostrarse fuerte en la prosperidad. Porque tampoco el buen piloto muestra su arte cuando la mar está sosegada y es próspero el viento. Menester es que haya dificultad para que el ánimo haga prueba de sí. Lo más subido y perfecto del hombre es saber sufrir con alegría los trabajos y adversidades, y todo lo que sucediere llevarlo como si por su voluntad propia le sucediese. Porque obligado estaba el hombre á quererlo así, si supiera que ésta era la divina voluntad.» Admirable pensamiento, hermanos míos, y que no parece haber cabido en la cabeza de un gentil. ¿Cómo no ha de pensar lo mismo un hombre iluminado con las luces de la fe? Continúa escuchando al profundo pensador: «Necesariamente», dice, «habéis de conceder que el varón justo es piadoso y temeroso de Dios, y siendo tal, cualquiera cosa que le sucediere la llevará con alegría sabiendo que le vino por divina voluntad, de la cual proceden todas las cosas.» Y ¿no lo sabemos nosotros, los cristianos, mejor

¹ Apud Rivadeneyra, Trat. de la Tribulación, p. 1. c. 18.